

él, con relacion al asesinato del Príncipe Alfredo. Un día que comian con el Rey muchos grandes, entre los cuales se hallaba Godwino, tropezó el page que servia la bebida al Rey, pero no vertió ni dejó caer nada. Para decir que un pie habia sostenido al otro, se valió el jóven de la sentencia de los libros sagrados, en que se dice que al hermano sostenido por el hermano no se le puede derribar. „Cierto es, dijo el Rey, que si yo tuviese á mi hermano, seríamos recíprocamente un grande apoyo el uno para el otro.” Al proferir estas palabras, miró con severidad al conde, el cual se lisonjeó de que con un juramento lograría disuadir á aquel Príncipe religioso. „Sea este bocado (dijo Godwino llevando un pedazo de pan á la boca) el último que coma en mi vida, si he tenido culpa alguna en la muerte del Príncipe Alfredo.” Se le atravesó el pan en la garganta y se ahogó, dando motivo á los convidados para discurrir sobre si aquel accidente seria un castigo de Dios, ó un efecto natural de la turbacion con que estaba agitado el reo.

Agradecido el Rey á los favores que le dispensaba la Providencia, prometió ir en peregrinacion á Roma ⁽¹⁾; pero temiendo con razon los grandes de Inglaterra que su ausencia diese motivo para que volviesen á suscitarse las conmociones que apenas se habian apaciguado, le disuadieron de semejante idea, proponiéndole que egerciese allí mismo su piedad con limosnas, y con otras buenas obras que cediesen en

(1) *Chart. 1. Ed. tom. 9. Concilior.*

edificacion del reino sin causarle ninguna inquietud. Temiendo el Rey que si les complacía, faltaba á una obligacion de conciencia, fue necesario recurrir al Papa para tranquilizar á Eduardo con la commutacion de su voto; y le contestó el Pontífice en estos términos: „supuesto que se hallaria en peligro la Inglaterra con vuestra ausencia, os dispensamos de la obligacion que os habeis impuesto, y en su lugar os mandamos que deis á los pobres lo que habeis de gastar en el viage, y que edifiqueis ó establezcáis un monasterio en honor de San Pedro. No dudeis que Dios está cerca de todos los que le invocan con sinceridad en cualquiera punto donde se hallen.” Restableció el Rey Eduardo en consecuencia de esta respuesta el monasterio de Westminster, fundado cerca de Londres desde el principio de la conversion de los ingleses, y ya casi del todo destruido. Eduardo envió despues regalos magníficos á Roma con el producto del dinero de San Pedro, que estaba destinado á lo menos en parte para una iglesia llamada la escuela de los ingleses.

38. Consagrando al punto sus tareas á la felicidad de la Inglaterra, demostró que sin estar dotado de un espíritu belicoso y político, le son suficientes á un Rey la prudencia y la fuerza evangélica para hacer respetables sus armas á sus enemigos, y para derramar sobre sus pueblos las dulzuras de la paz. Reprimió á los dinamarqueses, repelió á los escoceses, y enfrenó á los rebeldes que se sublevaron en el seno de la Gran Bretaña. Mas ninguna de estas

guerras alteró largo tiempo la paz, que se conformaba mas que el tumulto de las armas con las inclinaciones de su Príncipe que ansiaba solo la felicidad de un reino, y sobre todo la del humilde pueblo (1). Así lo manifestó con el código que formó de las mejores leyes dadas por sus predecesores, y principalmente de las que eran mas favorables al orden comun de los ciudadanos, por cuya causa les dió el nombre de leyes comunes. En ellas se acordó la cuota que debia satisfacer por razon del dinero de San Pedro; y los ingleses las miraron siempre con tanto aprecio, que en todas las revoluciones posteriores nada les incomodó tanto como las mudanzas con que eran desfiguradas.

39. Brillaban al mismo tiempo las virtudes de San Gotescalco, Príncipe de los esclavones entre aquellas naciones feroces, en las cuales ofreció su persona una de las victorias mas señaladas de la gracia (2). El Príncipe Uton su padre, que habia abrazado ya la Religion cristiana, le puso en el monasterio de Lumburgo para que se entregase allí al estudio de las ciencias. Mas fue ninguno el fruto que sacó Gotescalco de las lecciones allí recibidas, y muerto su padre por un desertor de Sajonia, salió furioso del monasterio y renunció el cristianismo. Pasó á los estados de los vñulos, al otro lado del Elba, inspiró su furor á aquellos idólatras, y confundiendo el nombre cristiano con el de los sajones, ocasionó la muerte de millares de fieles para vengar á su padre. Ber-

(1) *Tom. 9 Concilior. pag. 1010.* (2) *Adam. Brem. lib. 2.*

nardo, duque de Sajonia, se aseguró de su persona, tratándole como un capitan de vandidos; pero agradóle su intrepidez de suerte que el duque se hizo amigo suyo y le puso en libertad. Produjo este buen tratamiento un efecto muy inesperado en el ánimo de Gotescalco, que tornó á entrar poco despues en el gremio de la Iglesia. Pero despojado por los esclavones de los bienes paternos, se vió en la precision de refugiarse á la corte del Rey Canuto, que le dió su hija en matrimonio, y le llevó á su expedicion de Inglaterra.

Estas hazañas alentaron por algun tiempo su valor, aunque habia causado una impresion tan profunda en aquella alma en extremo heroica la pérdida de sus propios estados, que no habia cosa alguna capaz de borrarla (1). Gotescalco pasó segunda vez los mares, y peleó contra los esclavones verosímilmente con el auxilio de los dinamarqueses, y quizá con el de los sajones. Y no solamente recobró los bienes y todo el poder de su padre, sino que consiguió la autoridad de Rey, no faltándole sino el nombre de tal: fue á un mismo tiempo el terror de sus enemigos, y de los del nombre cristiano; ilustró sus conquistas dando á conocer el verdadero Dios á los pueblos que vencia; y redujo su nacion al cristianismo, que casi lo habia olvidado ya.

40. Aumentando sus proezas y virtudes, formó el gran designio de sujetar todos los paganos del norte al yugo de Jesucristo, y principió convirtiendo á

(1) *Helm. lib. 1. cap. 20.*



una multitud de apóstatas. Contábanse ya antes del fin de su reinado siete pueblos enteramente cristianos en la nación de los esclavones. Había gran número de iglesias en todas sus provincias, y muchos sacerdotes en estas iglesias, en las que ejercitaban sus funciones con plena seguridad, y con una pompa muy solemne. Era tan ardiente el celo del Príncipe Gotescalco, que muchas veces hablaba él en la iglesia en esclavon para explicar con mas claridad lo que decian los sacerdotes y los obispos. Establecía en todas las ciudades comunidades de canónigos, de monjes y de religiosas, llegando á haber tres casas de esta clase en Mecklemburgo, capital de los obotritas. Adalberto, arzobispo de Bremen, á quien hizo el Papa vicario suyo hasta las estremidades del norte, condecorando con la misma dignidad á sus sucesores, nombró un obispo en aquella ciudad, como tambien en las de Altemburgo y Ratzburgo (1). Vino á ser la ciudad de Bremen, á pesar de su pequeñez, la Roma del norte. Los diputados de los pueblos del continente y de las islas de las estremidades del polo, de las órcadas de la Islandia y de Groenlandia, iban á ella diariamente á pedir ministros del Evangelio, que salian de su seno para todas partes.

Instituyó tambien el arzobispo Adalberto nueve obispos en Dinamarca, á saber: en Sleswick, Ripen, Athus, Wiburgo, Wenzuzel, Fari, Fiunen, Zeland y Schonen; y despues dividió en cuatro diócesis la de Sleswick (2). Ordenó en Suecia seis obispos, y dos

(1) *Ibid. cap. 26.* (2) *Adam. Brem. lib. 4.*

en Noruega; pero parece que estas ocho sillas, cuyos nombres no declaran los historiadores, no estaban aun determinadas en tiempo de Adalberto. Por último, habiendo instituido veinte obispos, quiso mostrar la Religion en todo su esplendor en medio de tanto número de cristianos recién convertidos y de paganos próximos á abrazar la Religion de Jesucristo; y con la autoridad del Papa, cuyo legado era, convocó en Sleswick el primer concilio celebrado en Dinamarca (1).

41. Empuñaba entonces el cetro Suen ó Suenon, sobrino de Canuto el grande, que respetaba en extremo al cristianismo: mostrábase muy inclinado á los eclesiásticos sabios y virtuosos, no careciendo de celo para consolidar la Religion de su reino, y manifestaba gran liberalidad en adornar y edificar iglesias; pero afeábalo todo con el vicio de la incontinencia. Reprendiéndole el arzobispo Adalberto hasta el extremo de amenazarle con la excomunion, le dijo Suenon que le declararia la guerra; pero con tanta ira y con tales apariencias de una pronta egecucion, que el arzobispo se retiró precipitadamente desde Hamburgo á Bremen. Calmado luego por una y otra parte el primer resentimiento, Adalberto, que al mismo tiempo que gustaba del fausto y de la dominacion tenia unas costumbres puras, una piedad tierna y un celo muy grande, quiso reconciliarse con el Soberano, sabiendo que esta buena armonía es siempre muy útil para los progresos de la fe. Corrió, pues, á bus-

(1) *Atex. part. 2. pag. 7.*

carle á Sleswick , dió los banquetes que entre aquellas naciones formaban uno de los mayores lazos de la sociedad , y derramó los regalos con la liberalidad que le era natural , y con una magnificencia digna de corresponder á la del Rey. Diéronse por espacio de ocho dias consecutivos , segun la costumbre del pais , uno á otro suntuosos festines , en que trataron de los asuntos eclesiásticos , y tomaron eficaces providencias para que prosperasen las misiones. Mas calló el arzobispo en cuanto á las costumbres del Príncipe , que en medio de procurar la salvacion de los infieles , continuaba deshonrando su fe con vergonzosas flaquezas.

Estaba reservado el honor de su conversion á un prelado menos distinguido segun el mundo , pero mas distante de la pompa y de las funciones seculares (1). El inglés Guillelmo , obispo de Roschilda , tomó sobre el orgulloso Suenon el ascendiente que adquiere casi siempre , sin buscarle , la sencillez unida con la capacidad y la virtud. Habíase separado el Rey de un largo concubinato , para contraer un matrimonio incestuoso con la Princesa Gutta su parienta , é hija del Rey de Suecia. Mas no solo logró Guillelmo que la alejase de su lado , sino que dispuso tan perfectamente á aquella esposa culpable , que habiendo vuelto á su padre , tomó el hábito de las viudas consagradas al servicio de los altares , y pasó el resto de sus dias guardando continencia , y ocupada en trabajar para el adorno de las iglesias.

(1) *Pentam. lib. 5. -- Saxo. Gram. lib. 2.*

Subyugó el obispo de Roschilda la altanería de Suenon igualmente que sus inclinaciones vergonzosas. Este Príncipe implacable todavía en su ira , aunque arreglado en las costumbres , supo que algunos caballeros le habian zaherido en secreto. A la mañana siguiente , dia de la Circuncision , ordenó que se les diese muerte en la iglesia. Ocultó el obispo en su pecho el vivo dolor que le habia causado aquel asesinato sacrilego , y se dispuso pacíficamente á celebrar los divinos officios. El Rey se presentó sin ningun temor para asistir á la funcion ; pero no salió á recibirle el obispo como acostumbraba , y sin embargo no se detuvo el Príncipe en pasar adelante. Púsose entonces el obispo en la puerta del santuario , presentó el báculo pastoral para cerrar la entrada , trató al Rey de homicida y profanador , y despues le declaró escomulgado. Cercaron los guardias en un punto al prelado con espada en mano , aguardando una señal de la ira del Rey para despojarle de la vida. Mas el espíritu de Dios que habia inspirado al santo ministro , conmovió el corazon del reo , que reconociendo su delito , regresó á palacio , y en lugar de las insignias reales se puso un hábito de penitente. El obispo dió principio á la misa con tanto recogimiento como si nada hubiese acontecido ; y aun no habia entonado el *Gloria in excelsis* , cuando le dijeron que estaba el Rey á la puerta en trage de suplicante. Hizo señal para que cesasen los cánticos , y trasladándose desde el altar á donde estaba el Príncipe , le dirigió algunas preguntas , á las que respon-

dió Suenon con lágrimas y con todas las demostraciones de compuncion, hincándose en su presencia, y confesando su delito con amargura, pidiendo misericordia y ofreciendo reparar el escándalo que habia causado. Pronunció el sabio prelado al momento la sentencia de absolucion á favor del escomulgado, le abrazó para levantarle del suelo, enjugó sus lágrimas inundándole con las suyas propias, y le dijo que tornase á ponerse las insignias reales. Impúsole la penitencia, llamó al clero para recibirle en medio de los cánticos sagrados y de las aclamaciones de todos los concurrentes, y le condujo hasta el altar, donde concluyó los santos misterios. Volvió el Rey á la iglesia despues de tres dias con las vestiduras reales, subió al púlpito durante la misa, y habiendo impuesto silencio por medio de un heraldo, confesó segunda vez con las mas vivas señales de arrepentimiento la enormidad de su culpa y del escándalo que habia dado. Dió gracias al obispo por su indulgencia, y declaró que para reparar los dos delitos cometidos por su orden, daba á la iglesia la mitad de la provincia de Steffen.

Vivieron en adelante el Rey y el obispo en la mas perfecta armonía hasta la muerte, la que parece que no pudo desunirlos (1). Habiendo muerto Suenon en 1074, despues de un reinado de veintiseis años, preparó el obispo Guillelmo dos ataúdes, é hizo que los llevasen en pos de sí, yendo él delante del Príncipe difunto. Mientras celebraban las exequias, espiró Gui-

(1) Saxo. Gram. lib. 2. pag. 192.

lhelmo, y fueron enterrados en un mismo sitio en la catedral de Roschilda. Hubo con la muerte de Suenon algun tiempo de interregno y de division entre su hijo Haraldo y el Príncipe Canuto, mucho mas digno del trono que Haraldo, que le ocupó sin embargo, y obligó á Canuto á refugiarse á Suecia.

42. Mas dichosa fue todavía la muerte del Príncipe de los esclavones, segun los principios de la fe, que la del Rey de Dinamarca (1). Despues de haber convertido Gotescalco gran número de los vasallos que habitaban la parte septentrional de la Sajonia al otro lado del Elba, asesinaronle otros infieles, á quienes queria sujetar al yugo del Evangelio, logrando la corona del martirio en la ciudad de Lentz á 7 de Junio del año 1065. Martirizaron juntamente con él al sacerdote Ippon, inmolándole en el altar; y sufrieron diferentes suplicios por Jesucristo otros muchos, así eclesiásticos como legos. Cayó en poder de los infieles en Mecklemburgo la viuda del Príncipe Gotescalco, con otras personas de su sexo, y padeció tanto por la desnudéz á que la redujeron, como por los furiosos golpes con que la maltrataron en aquel estado. Apalearon á Juan, obispo de la misma ciudad; sin respetar su venerable ancianidad le llevaron con escarnio de pueblo en pueblo, y viendo que no cesaba de confesar á Jesucristo, le cortaron los pies y las manos, y por último le degollaron en Rethra, capital de aquellos bárbaros. Abandonaron el cadáver, pusieron la cabeza encima de una pica,

(1) Adam. Brem. lib. 4. cap. 11.